

Peristilo del cementerio de Chacarita. Los cortejos fúnebres se suceden sin intermitencias. Los movimientos, el ritual, son siempre los mismos. Los autos que preceden al coche fúnebre se van deteniendo cuando éste llega frente a las dos capillas. En ese desfile interminable por horas no hay nada que altere la tradición. Para la observadora, en este caso quien escribe, llama su atención una muchacha que desciende de un auto que lleva un féretro. Ella lo ha conducido. Viste pantalón y chaqueta corta de seda negra, camisa blanca y guantes blancos. Del coche siguiente desciende otra muchacha y otra más del siguiente auto. Abren la parte de atrás del fúnebre y las cuatro se disponen a sacar y cargar el féretro. Unos hombres, del grupo de deudos, se aproximan para tomar las manijas. Entran a la capilla y se reza el responso. Una vez terminado, las muchachas, todas vestidas igual, todas muy jóvenes, se aprestan a cubrir el cajón con un manto blanco. Lo llevan hasta el coche fúnebre y, una vez cargado, cada una de ellas toma asiento en sus respectivos lugares de conducción en los autos.

Un servicio fúnebre realizado por mujeres es para esta periodista una novedad, interrogándose si no estaría desactualizada a pesar de estar siempre atenta a los progresos del sexo femenino. El conocimiento de este servicio fue accidental,

pues, como se comprobó después, nadie del periodismo ha tenido nunca interés en conocer detalles de esta ocupación que por antigua y frecuente no deja de ser insólita cuando la desempeñan mujeres. ¿Indiferencia calculada? ¿Negación a la capacidad? ¿Resistencia a admitir el coraje a ejercer un trabajo fuerte emocionalmente? Puede ser que haya un poco de todo eso, para que ningún medio de difusión se haya interesado en esta empresa.

Apenas un minuto bastó a esta periodista para solicitar una entrevista a una de las muchachas de la empresa de servicios fúnebres, el suficiente para no distraerla de su trabajo. Se trataba justamente de la propietaria y fundadora del servicio. Una tarjeta que extrajo de una canasta llena de tarjetas que tenían, cada una, prendida una pequeña flor seca. "Un detalle femenino", dijo al entregármela. Días después llegué a Martín Coronado, partido de 3 de Febrero, provincia de Buenos Aires, para hablar con Patricia Vinci, treinta años, estudios universitarios en licenciatura de relaciones humanas y públicas, erudita en astrología y por sobre todo empresaria, y propietaria de la Cochería Martín Coronado de la calle Croto 6871 de esa localidad. Remera y pantalones y una sonrisa que ilumina su cara permanentemente son atributos de Patricia Vinci, que hace difícil aunar su aspecto con un trabajo que la acerca a la muerte con más

Mujer y sociedad

Flores de acero

por María Elena Oddone

asiduidad que a las demás personas.

• Una empresa

—Empresaria y emprendedora, ¿cuándo nace esta vocación?

—Vengo de una familia en la que siempre se trabajó en trabajos muy sacrificados, desde una fábrica de pastas donde había que hervir las espinacas desde las cuatro de la mañana y seguir trabajando hasta las doce de la noche. Después, en el año 1968, papá compró una estación de servicio y mi mamá trabajaba a la par de él. Ella se subía a los camiones para controlar si la nafta venía al nivel que corresponde, si tenía el color y la calidad que debía tener. Yo, a los nueve años, cargaba nafta en los coches y los lavaba. La nafta salió como mamá.

—Es indudable que hubo una escuela familiar. De esos trabajos a una cochería hay diferencia. ¿Cómo surgió la idea?

—El terreno lo compró papá. Después falleció; nosotros—mamá, mi hermano y yo— construimos la primera sala, la más grande. Decidí poner la cochería sin inten-

ción de tener autos. Cuando tuve un servicio que atender, llamé a un chofer y a otro y todos se negaban.

—¿Cuál era la razón que pretextaban?

—Algunos eran de la competencia, otro porque yo era una mujer, y porque era joven, cualquier cosa, era una guerra. Yo alquilaba las dos salas a la cochería Santa Paula, la más antigua como cochería, no como sala de velatorio, que son dos cosas distintas. Después se las alquilé a la cochería Paraná. Yo me separé de la oficina y con la primera sala comencé.

—¿Cuál era su experiencia?

—No tenía experiencia, iba a conocer otras cocherías. Un empleado que trabajaba aquí antes nos hacía las mil y una para ponernos a prueba, a ver si resistíamos o soportábamos el ver permanentemente muertos. Recibía amenazas. Una vez, cuando tuve el primer cliente y no tenía a nadie para manejar la ambulancia, voy con un muchacho empleado. De pronto se me cruza otra ambulancia de la que descienden dos hombres y uno de ellos me puso el cuchillo en el cuello mientras profería amenazas. Yo le dije: "Esperá aquí que traigo a la policía". Se fueron. Eran maneras de amedrentarme. Después se dieron cuenta de que era inútil, que no tenía sentido porque yo continué trabajando. Aprendí a "colocar", yo le decía cuál es mi estilo.

—¿Qué es colocar y en qué consiste su estilo?

—Colocar es poner el cuerpo en el ataúd, eso se llama hacer el servicio. Para mí la persona sin vida merece el mismo respeto que la que tiene vida. Se la debe tratar con la mayor delicadeza, con amor. Aquí todas las chicas trabajamos con esfuerzo y con mucho cariño.

—¿Cuántas son ustedes?

—Cuatro. Somos amigas, no hay diferencias cuando hay que hacer algo. Trabajamos con mucha armonía, no damos órdenes.

—¿Por qué se le ocurrió emplear solamente mujeres?

—Porque vi que la gente se siente más cómoda con nosotras. Más protegida. Además de manejar los autos, nosotras nos ocupamos de que la gente no se sienta tan sola. Les hablamos, los acompañamos, sobre todo a la gente mayor que necesitan que les repitan las cosas. Son detalles muy importantes en esos momentos de dolor. Los hombres parece que no se dan cuenta, por eso no lo hacen. Yo recuerdo que, cuando murieron mis abuelos y mi padre, me impresionó la indiferencia de la gente que hizo el servicio. Los varones que trabajan aquí son ambulancieros, ellos van a buscar los muertos al hospital. También vamos nosotras, pero a veces el cuerpo es demasiado pesado y no podemos levantarlo entre dos.

—¿Cómo reaccionó la gente ante un servicio fúnebre de mujeres? ¿Hubo resistencia?

—Para nada, estaban encantados. Cuando empleé

mujeres me decían que estaba loca al principio. Después han estado muy conformes. A veces tengo que imponerme, cuando los hombres quieren dirigir el servicio, tomar las manijas, dar órdenes que me corresponde dar a mí. Deben creer que una no es eficiente o que es torpe. En otras ocasiones me veo obligada a pedir aclaraciones con firmeza o negarme de igual manera. Recuerdo cuando trabajaba vendiendo alfombras para autos. Me decían que yo no podía bajar cien alfombras. Y yo lo hacía y lo sigo haciendo.

—Va a costar mucho que los hombres tengan confianza en la capacidad de las mujeres. Reconocerlo sería la igualdad, un fantasma que los aterroriza. Aunque ya está dejando de ser un fantasma la igualdad, para ser una realidad. Ustedes son una prueba. ¿Cómo las ve la gente en los cementerios?

—En vez de mirar el servicio nos miran a nosotras.

—Todas son muy bonitas. ¿Son casadas o solteras?

—Todas son casadas menos yo.

—¿Tienen dificultades con sus maridos?

—Ninguna; por el contrario, ellos son muy colaboradores cuando tenemos algún problemita de la casa.

• Música y flores

—Recorriendo las salas he visto parlantes, ¿para qué están?

—Ponemos música en los velatorios. Es muy suave, ayuda a tranquilizar. En cuanto a las flores, nosotras las pedimos a un depósito según lo que desean los clientes. Cada vez se piden menos flores, la gente tiene menos dinero. Pero también esa costumbre tan latina de comprar muchas flores. También ponemos sahumerios.

—¿Qué dificultades se presentan habitualmente en el trabajo?

—Cuando hace falta material y no me lo quieren alquilar. Por ejemplo yo no tengo portacoronas ni lo quiero comprar hasta tanto pueda cambiar la junta. Se llama así al fúnebre y al portacoronas. Considero que los Fairland son los mejores autos para esta clase de servicios, por ser el más grande, el más cómodo, el más señorial. Mi idea es llegar a tener un cortejo completo de más calidad, como los Mercedes Benz. Estamos viendo qué pasa con las obras sociales, si nos va a convenir invertir o no. En una oportunidad no me querían alquilar el portacoronas porque yo no estoy federada.

—¿Por qué no está federada?

—La federación es una intermediaria donde pagando nueve mil dólares, no sé si estoy actualizada, se puede

llegar a cobrar en todas las obras sociales. No me gusta porque es como tener un patrón, que establece que nadie puede alquilar materiales a quienes no están federados. Todo eso es una barbaridad, porque una no es dueña de lo que tiene, además de lo que se cobra por los servicios más lo que se cobra por ingresar. Yo cobro a los familiares, con la confianza en ellos, cuando la obra social les pague.

—¿Hay proyectos de expansión?

—Quise ponerme en Vicente López y en la zona de Belgrano. Primero, cerca de casa, para tener todo bajo la vista. Después veré de construir algo.

—Cuando las vi trabajar en la Chacarita me llamó la atención que después del responso ustedes cubrían el féretro con un manto blanco. No había visto nunca esa modalidad. ¿Puede explicarme?

—Es para que el cajón no se raye y para protegerlo de la tierra.

—Es un detalle muy delicado, como todos los que ustedes ponen en esta tarea. Se ve que trabajan con amor y un gran respeto. Es muy admirable, porque no hay otro momento en la vida tan conmovedor como sentir o ser testigo del dolor que produce la muerte. Encontrar personas como ustedes debe ser muy reconfortante. ¿Ha modificado algo en su vida este trato cotidiano con la muerte?

—Sí, muchísimo. Es una revalorización de todo, de la vida, de su brevedad. Una se da cuenta de que debe tratar de hacer los proyectos ahora, porque mañana no sabemos qué pasa. Recuerdo ese poema: "Como se pasa la vida, como se viene la muerte..."

—"tan callando..." las coplas de Manrique que aprendimos en la escuela, un tiempo en el cual no teníamos la menor idea de lo que recitábamos. Dije antes que es un trabajo emocionalmente fuerte, ¿la ha endurecido, quiere decir si ha necesitado reprimir algo su sensibilidad?

—No, me siento afectada sobre todo cuando se trata de la muerte de niños o personas jóvenes. Creo que la sensibilidad no se embota cuando se la tiene aun en las peores circunstancias.

—¿Saben si hay otra empresa como ésta, manejada por mujeres, aquí o en el extranjero?

—Aquí no hay ninguna y en el extranjero sabemos que en España hay una, pero no tenemos más datos.

La mujer ha sido siempre asociada a la vida, estas valientes muchachas, estas flores de acero, se acercan a la muerte todos los días y ponen su sensibilidad ante lo irreversible de la mejor manera, con amor, como dice Patricia Vinci, la pionera.

Los derechos ciudadanos

Un obispo de la Iglesia católica intenta violar los derechos ciudadanos. El administrador diocesano de Santa Rosa, La Pampa, monseñor Rinaldo Bredice, solicitó al gobernador de esa provincia, Rubén Hugo Marín, que vete el proyecto de ley de la secretaría de Salud Pública denominado Programa Provincial de Procreación Responsable. Esta intromisión en las cuestiones del Estado ha sido justamente rechazada por ese gobierno, "por considerar que los principios doctrinarios de la Iglesia son obsoletos". Sin desmerecer esta afirmación, es más importante ver en qué medida la Iglesia católica sostenida por el Estado viola las leyes nacionales cuando así le conviene o es su deseo. Se recuerda que hace pocos meses casó al periodista Bernardo Neustadt sin que este señor se hubiera divorciado previamente. La ciudadanía nunca recibió explicaciones de la Iglesia, que ignoró las leyes de matrimonio y divorcio a que están sujetos los ciudadanos. Tampoco sabe la ciudadanía por qué el celo fiscal se ingenia para que los insolventes ciudadanos no escapen sin pagar sus impuestos y la Iglesia no abona los que debería pagar por sus propiedades inmuebles, que son infinitamente numerosas y valiosas.

Esto viene a cuento porque el obispo de Santa Rosa, en su pedido al gobierno, hace referencia a las leyes y a la Constitución para atacar la acertada medida que ha tomado el gobierno pampeano con los objetivos de: "disminuir la morbilidad perinatal y materna, favoreciendo períodos intergenésicos adecuados; evitar embarazos no deseados; disminuir el número de abortos provocados; favorecer el ejercicio de una sexualidad plena, sin temor al embarazo". Prevé, además, la entrega gratuita de anticonceptivos, los que serán controlados y administrados a través de un carnet de consumo renovable anualmente.

Con esta medida el gobierno de La Pampa da cumplimiento por primera vez a los tratados internacionales que nuestro país, mediante sus delegados, ha firmado en las conferencias de Población de las Naciones Unidas que se realizan cada diez años. En las declaraciones finales de estas reuniones se establecía como derecho inalienable de la pareja decidir el número de hijos. Sin embargo, nunca el gobierno argentino implementó una política tendiente a dar cumplimiento a los compromisos contraídos. Hasta hoy, que lo proyecta hacer el gobierno de la provincia pampeana. También cumple esta medida con lo dispuesto por la Convención sobre la Eli-

minación de Todas las Formas de Discriminación, ley nacional 23.179, que en su artículo 12, punto 2, dice: "Los Estados partes garantizarán a la mujer servicios apropiados en relación con el embarazo, el parto y el período posterior, el acceso a servicios de atención médica, inclusive los que se refieren a la planificación familiar". Esta ley fue sancionada en 1985.

• El anticonceptivo intrauterino

El obispo Bredice en su informe sostiene que el dispositivo intrauterino (DIU) es abortivo, en contradicción con la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Buenos Aires que en 1987 emitió un comunicado que en una de sus partes expresaba: "La conclusión prácticamente unánime de los investigadores es que los dos métodos que en algún momento fueron objeto de cuestionamientos (la píldora anticonceptiva y los dispositivos intrauterinos) reúnen las condiciones requeridas para su aceptación siempre que sea el médico quien indique su uso, se respeten las contraindicaciones y, como en cualquier otro procedimiento terapéutico, se controle su efecto en las pacientes. Siguiendo tales premisas, los casos aislados de efectos adversos no constituyen más que excepciones no invalidantes respecto de su utilidad terapéutica". Continúa el informe: "Estas son conclusiones de naturaleza estrictamente científica que no entran a considerar interpretaciones religiosas ni los intereses comerciales que suelen incluirse en discusiones sobre el tema".

En el mismo comunicado de julio de 1987, la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Buenos Aires expresa: "La paternidad responsable constituye uno de los pilares básicos que sustentan a la familia del siglo XX; por medio de la planificación familiar cada matrimonio ejerce el derecho de decidir cuántos hijos puede tener, criar y educar, de acuerdo con sus reales posibilidades". La ciencia dijo su palabra, y la ley, la suya. En este caso coinciden con la verdad. La posición de la Iglesia, muy respetable para sus fieles, no puede ni debe convertirse en imposición para todos y menos presionar a un gobierno que tiene la obligación de velar por la salud y la vida de sus gobernados. "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", dicen que dijo Jesucristo. El obispo Bredice debería limitar su prédica a sus fieles. □

María Elena Oddone

El Informador Público

Director: J. Iglesias Rouco
Secretario general: Marcelo Mendieta (h)

KLEIO S.A.

Año 6 - N° 280
Viernes 7 de febrero de 1992

Columnistas

María Elena Oddone
Paola Farnese
Carlos Burone
Agustín Pérez Pardoll
Norberto Ceresole
Carlos J. González